

DINÁMICAS DEL CONOCIMIENTO, IDENTIDAD TERRITORIAL Y DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE EN LA UNIÓN EUROPEA¹

KARL BRUCKMEIER*

HILARY TOVEY**

INTRODUCCIÓN

En este capítulo se presentan los resultados de un proyecto de investigación europeo llamado CORASON, o “Enfoque cognitivo para el desarrollo rural sustentable”, 2004-2006. En CORASON, equipos de investigación de 12 países (todos miembros de la Unión Europea, salvo uno) utilizaron la perspectiva de estudio de casos para analizar proyectos y programas para el desarrollo rural sustentable². En esta oportunidad haremos un uso selectivo de los resultados de investigación para discutir un tema en particular: las interconexiones entre los conocimientos locales, la identidad territorial y las políticas para el desarrollo sustentable en áreas rurales de Europa –“enfaticando en las “interconexiones”– ¿La práctica del

conocimiento local en un área particular está ligada a un sentido de identidad o a la identificación con un territorio o lugar determinado? ¿Hasta qué punto las actuales políticas para el desarrollo sustentable en Europa impulsan una focalización en el lugar y la identidad vinculada a éste? Y a su vez, ¿en qué medida estas políticas se orientan, o reaccionan frente a la posibilidad de una diversidad de conocimientos en tanto fuentes para el desarrollo rural sustentable?

1. CONOCIMIENTO LOCAL Y DESARROLLO RURAL

CORASON estudió cómo se utilizan, circulan, intercambian y se apela a las diversas formas de conocimiento científico, administrativo o local en el curso

¹ Traducción de Daniela Huneus.

² Para más información y detalles acerca de CORASON, véase el sitio Web: www.corason.hu

* Profesor e investigador en ecología humana de la Universidad de Göteborg, Suecia.

** Profesor en sociología y miembro del Trinity College de Dublin, Irlanda.

de los proyectos para el desarrollo rural, así como las relaciones y jerarquías de poder a través de las cuales se organizan los vínculos entre los distintos tipos de conocimiento. Pensamos que el desarrollo rural y “sustentable” se refiere a un conjunto de prácticas basadas en el conocimiento; esto es, prácticas reflexivas, planificadas y manejadas que hacen uso de cuerpos particulares de conocimiento (usualmente ecológicos, en ocasiones también culturales, sociales o políticos). En la construcción y representación de prácticas de actores específicos como ejemplos de desarrollo sustentable, ¿de quién es el conocimiento que se acepta, tiene estatus y privilegio?, ¿quiénes son considerados entendidos en la materia y a quién se le confiere el poder de definir lo que podría ser una “práctica sustentable”? El discurso acerca del desarrollo sustentable incluye muchos actores, niveles de organización y ámbitos territoriales, así como variadas prácticas de conocimiento contradictorias y que compiten entre sí³. Para delimitar nuestra discusión sobre el desarrollo sustentable, lo vinculamos al desarrollo rural y las prácticas y reflexiones que allí se encuentran, las que no necesariamente están ligadas a los debates científicos o políticos públicos. Si bien existe un intenso

debate científico respecto al desarrollo sustentable, en un nivel discursivo más amplio los actores políticos y ligados a las políticas juegan un rol mucho más relevante que los actores científicos en lo que a su definición se refiere. Nuestra investigación partió de la premisa que las áreas rurales son depositarias de otros tipos de conocimiento además del científico, en particular, de los “conocimientos locales”.

La transferencia, difusión y uso de un tipo particular de conocimiento (el conocimiento científico encarnado en la tecnología moderna) son considerados de modo general, junto al movimiento de bienes, capital y trabajo, elementos clave en el proceso contemporáneo de la globalización o integración global; y se les ha asociado ampliamente con las nociones de progreso y desarrollo, por ejemplo, en la tendencia actual en Europa a desarrollarse como una “economía basada en el conocimiento” o “sociedad del conocimiento” (Leydesdorff, 2006). Esto plantea preguntas respecto al alcance y la forma en que puede afirmarse que las áreas rurales en Europa se están “globalizando”, en relación con el intercambio y transferencia de conocimientos, los beneficios que esto podría traer a los habitantes y

³ Dos de las más conocidas definiciones de desarrollo sustentable indican desde el inicio la escisión entre la visión centrada en las personas y aquella que se centra en los recursos o la naturaleza. En tanto la definición del Informe Brundtland se orienta a los seres humanos y su uso de los recursos para satisfacer “las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer sus propias necesidades”, la definición del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente es más clara en vincularlo al desarrollo del estado de los ecosistemas: “mejorar la calidad de vida en el marco de la capacidad de carga de los ecosistemas que la sustentan” (Attfield, 2003: 128).

economías rurales, y las posibles pérdidas que pudieran resultar de ello.

El interés sociológico contemporáneo en el conocimiento, sus formas y variaciones, así como en las relaciones entre el conocimiento y el poder, representan “una convergencia entre dos cuerpos de trabajo que, hasta la fecha, se han conservado bastante separados uno del otro” (Leach et al., 2005: 3-4). Por una parte está el campo de los estudios sobre ciencia y tecnología, que ha examinado temas de la práctica tecnológica y de la ciencia y los riesgos asociados con la ciencia moderna. A través de sus críticas a las interpretaciones convencionales del conocimiento científico ha ayudado a desarrollar nuevos criterios para el tipo de conocimiento que resulta útil en acciones destinadas al desarrollo sustentable; por ejemplo, que el conocimiento, sin importar su origen disciplinario, debe ser “robusto”, o que dicho conocimiento puede ser utilizado, incluso cuando es interpretado en forma diferente (o de manera insuficiente) por los diferentes actores – criterios que convergen con aquellos planteados en el desarrollo de nuevas prácticas de conocimiento interdisciplinario en los discursos epistemológicos sobre la ‘transdisciplinariedad’ y el ‘modo 2’ (Nowotny et al., 2001). Por otro lado, están los estudios sobre el desarrollo, en particular las contribuciones desde la antropología, las que con frecuencia se han enfocado en temas rurales y agrícolas, en los impactos de la tecnología importada sobre los medios de vida rurales y en “las

perspectivas que surgen de los llamados conocimientos ‘indígenas’ en relación con las intervenciones modernas de conocimiento experto” (Leach et al., 2005: 4). Mientras el primer conjunto de literatura estimula un análisis crítico de las formas ‘expertas’ de conocimiento, el segundo ha popularizado el interés en los conocimientos ‘técnico locales’ o ‘locales’ (también descritos como conocimientos ‘prácticos’, ‘tradicionales’ o ‘populares’), los que no son considerados desde la visión de ‘déficit’ o ‘falla’ cognitiva, sino más bien como un desafío cultural válido a la cultura científica hegemónica de la modernidad (occidental), como también ha sido discutido en los estudios críticos de las relaciones de conocimiento y poder por Foucault, por autoras feministas y por movimientos sociales activos en la cooperación para el desarrollo (véase, a modo de ejemplo, Braidotti et al., 1994).

El conocimiento local se sitúa localmente por su propio carácter y su potencial para el desarrollo puede ser ambiguo (Bicker et al., 2004). No representa necesariamente un sistema de conocimiento comprensivo, puede no ser compartido por todos los miembros de una comunidad en particular, su utilización en proyectos para el desarrollo puede no ser beneficioso para todos, y podría estimular prácticas no justas en términos sociales ni sustentables a largo plazo (pudiendo aplicarse todos estos puntos también a los conocimientos ‘especializados’ sobre el desarrollo). No obstante, Bicker et al. (2004), enfatizan en el hecho de que “el

conocimiento local refleja muchas generaciones de experiencia y formas de resolver problemas por parte de los seres humanos en todo el mundo”, y debiera agregarse: el conocimiento local no sólo se desarrolla a partir de la experiencia local, sino que incluye una continua admisión y reflexión de un conocimiento distinto y externo en tanto puede ser importante para la acción local. “Las agencias para el desarrollo están dándose cuenta que dicho conocimiento, ya se trate de biodiversidad y ecología, manejo de los recursos naturales, salud y enfermedad, educación y urbanización, es mucho más sofisticado que (...) lo que se pensaba anteriormente” (Bicker et al., 2004: xi). Por lo tanto, “es un recurso muy valioso” que ofrece una base para nuevos enfoques participativos para el desarrollo, incluso si los términos en que podría ser utilizado en conjunto con la ciencia y otros “conocimientos” especializados en la planificación y la toma de decisiones continúa siendo un tema en disputa.

La idea del “conocimiento local” y los debates acerca de su importancia en el logro de proyectos exitosos para el desarrollo, han tenido lugar principalmente en relación con sociedades del sur o “no occidentales”. Podría argumentarse que en un escenario rural europeo, los actores con “conocimiento técnico local”, ya disponen de una cantidad considerable de discursos expertos y que los integran en sus prácticas cotidianas. De hecho, si se encontrara conocimiento local en los casos estudiados por CORASON, éste

no tendría la forma de un conocimiento “tradicional” completamente al margen de una intervención por parte de los discursos expertos. Sin embargo, nos preguntamos si era posible encontrar en los casos que estudiamos algo similar al denominado “conocimiento local” del que se habla en las discusiones antropológicas.

Tuvimos dos motivos para justificar esta pregunta. Primero, las recientes discusiones acerca del conocimiento local en los países en desarrollo enfatizan que éste es dinámico más que estático (de allí que no se describa como “tradicional”) y que es usual encontrar en él la incorporación de ideas provenientes de la ciencia y otros tipos de competencia formalizada (véase a modo de ejemplo, Ellen, 2000). En este sentido, el término “local” parece ser preferible al de “indígena”. En segundo lugar, las áreas rurales de Europa sufren muchos de los “problemas de desarrollo” y presiones intervencionistas para desarrollarse que tienen las zonas rurales en el mundo en desarrollo, haciendo que la literatura sobre dinámicas del conocimiento y prácticas de desarrollo participativo sea muy relevante para investigar dichas situaciones. De hecho, en el desarrollo rural europeo se han tomado en cuenta ideas y prácticas de conocimiento que se originaron durante las décadas pasadas en países en desarrollo, las que han sido organizadas para movilizar el conocimiento local, por ejemplo, lo que ha sucedido con las ideas sobre desarrollo rural integrado, con las prácticas de investigación partici-

pativa como el “diagnóstico participativo rural” y, de manera más amplia, a través de las ideas de desarrollo participativo con el objeto de cumplir los requerimientos del desarrollo sustentable. Finalmente, en tanto CORASON considera el desarrollo sustentable como un “conjunto de prácticas basadas en el conocimiento”, esta literatura ofrece una manera útil para deconstruir los diferentes tipos de saberes en que pudieran basarse las prácticas para el desarrollo sustentable, en diferentes contextos y en diversos niveles de poder, regulación y gobierno.

Un conjunto diferente de bibliografía, que también contribuye al concepto de conocimientos “locales” y su utilización en el desarrollo, es aquel existente en torno a los conceptos de “regiones de aprendizaje”, “capital social” o “economías asociativas”. Al interior de estos debates, las formas significativas del conocimiento se distinguen entre conocimiento “tácito” y “codificado”, más que “experto” o “técnico local”⁴. El conocimiento tácito puede utilizarse para explicar el desarrollo tanto al interior de regiones rurales como en aquellas más industrializadas, y algunos incluso han argumentado que los conocimientos tácitos, que han circulado a través de las redes sociales locales, ofrecen a las regiones rurales, una ventaja comparativa

para transformarse en “regiones de aprendizaje”; la rápida difusión del conocimiento codificado a través de la globalización (en particular, la propagación universal de la ciencia y tecnología) favorece aquellas áreas donde las redes de conocimiento tácito aun sobreviven. Sin embargo, hay quienes argumentan que es más probable encontrar innovación en entornos que disponen de mayores recursos de conocimientos “codificados” (principalmente, las regiones urbanas con su concentración de universidades, instituciones destinadas a la investigación, redes de negocios, etc.). Una tercera posibilidad, postulada en particular por CORASON, es que la innovación económica y las ventajas comparativas son más propensas a desarrollarse donde los conocimientos tácitos y codificados pueden trabajar en conjunto.

Una visión bastante extendida en las políticas europeas para el desarrollo, en particular entre quienes comparten la idea de la sociedad del conocimiento, es que las áreas rurales sufren de “carencias de conocimientos y capacidades”. Una imagen de las poblaciones rurales como carentes de conocimiento, o que están rezagadas en comparación con otros grupos de la sociedad en relación con su posesión de conocimiento o “capital humano”, se acerca bastante a la tan común asociación

⁴ El ‘conocimiento tácito’ se identifica con una forma de saber práctico que es transmitido a través del ejemplo más que por la enseñanza formal; es considerado por muchos autores como algo que juega un rol importante en facilitar “la interpretación de ideas, el aprendizaje en el hacer, el compartir información y la agilidad organizacional” (Amin y Thrift, 2002: 61), y, por lo tanto, ayuda a la adaptación económica y la innovación al interior de las empresas y de los conglomerados de empresas en una región. de los productos territoriales con identidad cultural se quiere revisar, en este volumen, a Fonte y Acampora; y Flores.

de lo rural con lo “tradicional”, o a esa idea del temprano discurso modernizador –que aun persiste– de que las áreas rurales connotan la idea de “orientarse hacia el pasado y estar atrasadas en el desarrollo”, pero la idea de un “déficit de conocimiento” está sobregeneralizada y surge de una particular perspectiva del conocimiento que CORASON desea problematizar.

Por medio de la investigación de CORASON, la experiencia acumulada en muchas áreas y proyectos para el desarrollo rural permite plantear otra mirada: que el proceso modernizador se vincula a un cambio del conocimiento basado en el poder. El conocimiento local de los campesinos y los productores de artesanías ha sido devaluado y reemplazado por el conocimiento científico y las prácticas de conocimiento burocrático de las instituciones gubernamentales. En aquellos lugares donde los impulsores de proyectos se quejan de las dificultades de trabajar con grupos locales “poco educados”, es posible que lo que haya que reconsiderar sea cuán apropiado es el proyecto en sí mismo y la forma en que se dan las relaciones con los actores locales. Los “déficit de conocimiento” pueden hallarse, tanto entre los actores externos expertos que intentan implementar un proyecto en un área local como entre los sujetos del desarrollo.

Nuestro estudio de casos se encontró con algunos administradores de proyectos y encargados públicos regionales que no tenían las habilidades necesarias para promover los nuevos tipos de procesos de

innovación integrados y endógenos requeridos para la participación en programas de desarrollo rural integrado, como el programa Leader de la Unión Europea. Muchos de los actores rurales que surgieron en nuestro estudio de casos, si bien es usual que sean autodidactas, son por lo general personas entendidas tanto en las formas “locales” como “expertas” de conocimiento y pueden ser descritos como “ciudadanos expertos” en una amplia variedad de temas y prácticas. El hecho de que usualmente la queja se refiera a la ausencia de conocimientos “modernos” “científicos, tecnológicos, comerciales”, refleja la jerarquización del conocimiento existente en la sociedad europea, en la cual los conocimientos locales, no estandarizados, no universalizados y basados en un contexto particular, son ubicados al final de la lista de estatus y poder. No obstante lo anterior, en algún grado estos últimos se han integrado al proceso de desarrollo gracias al giro que han dado las reflexiones e investigaciones científicas críticas acerca de la naturaleza cambiante de las bases del conocimiento social (como, por ejemplo, en el discurso feminista o en los ya señalados discursos epistemológicos recientes sobre la transdisciplinariedad).

2. EL CONOCIMIENTO LOCAL COMO UN RECURSO PARA EL DESARROLLO LOCAL

En la actualidad, y a pesar del impacto tanto de las fuerzas de la globalización

como de la europeización, las áreas rurales de Europa aun son muy diversas y variadas dada la importancia significativa de sus ecosistemas locales y formaciones naturales al interior de sus estructuras económicas y sociales, las que en sí mismas son muy distintas entre las localidades europeas. Existen dos tendencias que afectan y están remodelando a todas, o casi todas, esas áreas. Una es la “desagriculturización”, o el repliegue de tierras para la producción agrícola y la reducción en el número de campesinos en la fuerza laboral local, en tanto esto último se asocia en ciertas áreas con la emigración, la disminución de la población, un incremento de la cantidad de personas mayores en la localidad y las experiencias de marginalización; en muchos otros casos tiene que ver con la transformación económica —la llegada de empleo manufacturero o de servicios—, con la inmigración e incluso el aumento de la población “indígena” y con una sociedad civil más dinámica y auto-organizada.

La segunda tendencia implica una transformación de los medios de vida rural de manera que se asemejen a los existentes en los centros urbanos. Esta transformación cultural afecta a las personas de las

zonas rurales no sólo económicamente sino también en términos del sentido individual y ocupacional de identidad, lo que puede llevar a pérdidas de tipo cultural. Las prácticas de uso y producción de los recursos rurales, que han mantenido la viabilidad de esos recursos a través de las generaciones, pueden ser olvidadas y por ello perderse. Los riesgos no siempre son obvios, pero la investigación y los discursos ecológicos (ver a modo de ejemplo, Berkes et al., 2003) han contribuido a una evaluación más adecuada del conocimiento y las prácticas de conocimiento que se han perdido por culpa de la modernización, la desagriculturización y urbanización de zonas rurales cuando ese conocimiento vinculado a la producción y los recursos desaparece⁵. Los nuevos habitantes y los residentes rurales de tiempo parcial, por lo general provenientes de zonas urbanas, traen consigo una manera distinta de comprender lo que significa la sustentabilidad en un contexto rural: tienden a orientarse, en primer lugar, hacia la conservación de los valores atractivos del campo más que al uso de los recursos naturales.

En algunos de nuestros casos de estudio, lo que los recién llegados y afuerinos

⁵ Este conocimiento local, desarrollado y transferido a través de generaciones, representaba la mayoría de las cualidades del conocimiento que se requiere y necesita ser reconstruido de nuevo hoy en día en el marco del desarrollo sustentable. Estaba basado en la experiencia, era continuamente ‘testado’ y mejorado en la práctica, se adaptaba a la base de recursos, ecosistemas y sistemas sociales, era diferenciado y contextualizado, robusto y con capacidad de resiliencia (esto es, la habilidad de hacer frente al estrés y al shock social económico o ambiental), siendo apto para la producción y la sobrevivencia. Si bien mucho de ello es todavía conocido hoy, no se trata simplemente de revitalizarlo y fortalecerlo —no sólo los portadores de este conocimiento se han ido, también las estructuras sociales y los sistemas sociales intergeneracionales a través de los cuales éste era transmitido.

consideraban como una necesidad de conservación no era sólo la naturaleza local sino a menudo también algún aspecto distintivo de la cultura local, desde la existencia de una lengua o cocina particular hasta la presencia de un “modo de vida” que es considerado como central para un sentido nacional de identidad. Una orientación conservacionista de la cultura en una perspectiva relacionada con los consumidores y el consumo puede desplazar y reducir la cultura tal como se vive en la experiencia cotidiana de los habitantes locales.

Las áreas rurales que están sufriendo la desagriculturización tienen una mayor o menor necesidad de intervenciones para el “desarrollo”, según su situación económica histórica. En las áreas estudiadas en CORASON, las intervenciones variaban desde Leader u otros programas para el desarrollo similares de la UE, a programas económicos o educativos financiados por el gobierno local o nacional; desde el establecimiento de parques “nacionales” o “naturales” como una manera de integrar la conservación con las prácticas económicas dentro de un territorio delimitado, hasta iniciativas emprendidas por grupos locales o por residentes locales que interactúan con afuerinos de un tipo u otro. En muchos casos, desarrollar la economía rural se entendía como desarrollar el turismo rural y “valorizar” los productos, la cultura, la ecología o el paisaje locales de manera que pudieran atraer turistas hacia la localidad.

Otra estrategia ampliamente utilizada con aquellos productos locales que pue-

den viajar, tales como alimentos locales distintivos o productos de artesanía, era insertarlos en los mercados nacionales e internacionales como productos de un territorio distintivo que llevan consigo las habilidades y conocimientos locales de ese territorio. Ambas estrategias asocian el desarrollo económico rural con un aumento de la movilidad, ya sea de personas y/o bienes; si bien la “calificación” o lógica para dicho incremento en la movilidad es una representación del área rural en sí misma como un escenario estático que reproduce sus recursos y productos a través de prácticas y conocimientos que se mantienen más o menos estables a lo largo del tiempo. Este intento de combinar movilidad y diferenciación con la preservación de lo que se idealiza, en tanto una economía de la cultura que no cambia, puede ser el principal dilema que el “desarrollo sustentable” plantea a las áreas rurales.

CORASON se planteó descubrir de qué manera los proyectos y programas para el desarrollo rural sustentable generaban interacciones entre formas “expertas” y “locales” de conocimiento que pueden resultar beneficiosas o perjudiciales para el proceso. Identificamos dos maneras diferentes de “conocimiento local” que interactúan de manera significativa con otras formas de conocimiento en el proceso de desarrollo. Sugerimos llamarlos conocimientos “tácitos” y “técnico locales”. Utilizamos el término conocimiento “tácito” (o lo que Giddens, 1993 llama ‘prediscursivo’) para referirnos a aquel tipo

de conocimiento que usamos, de manera más o menos inconsciente, para manejar nuestras relaciones con las demás personas. Se crea a través del proceso normal de socialización, como un conocimiento que dispone cualquiera que sea considerado un miembro ‘competente’ (Garfinkel, 1967) de la sociedad; por lo tanto, no es específico a escenarios locales, pero usualmente se localiza en formas culturales específicas al interior de comunidades que tienen una larga historia de relaciones internas cercanas⁶. Esta interpretación tácita de las prácticas sociales en las relaciones es importante en la definición de los límites de la comunidad, o límites territoriales, y señala quién es “uno de los nuestros” y quién es un “afuerino”. Es vulnerable ante las influencias culturalmente globalizadoras, en particular los medios de comunicación y el cine, los que pueden ofrecer formas alternativas de relacionarse y, como resultado, ayudar en la transformación de la “cultura local”.

El conocimiento tácito, entendido de esta manera, parece ser de gran importancia en sus efectos para la cohesión social y la confianza locales. Ejemplifica lo que Granovetter (1985) llamó *embeddedness*: las transacciones económicas requieren de confianza, la que no es generada por las transacciones en sí mismas sino que se origina en las relaciones y las redes socia-

les que las circundan. Para Granovetter esto ayuda a explicar cómo las redes de pequeñas empresas pueden surgir y formar exitosos “distritos comerciales”; las relaciones sociales cercanas permiten la rápida transmisión de información entre las empresas y estimulan la cooperación entre ellas en áreas como el mercadeo y la promoción de productos. La investigación de CORASON encontró que el *embeddedness* en la cultura relacional de un área ayuda a fortalecer las redes sociales y relaciones sociales informales que en general resultan claves para la promoción de nuevas incursiones en el desarrollo económico. Muchos de los proyectos estudiados en CORASON apuntan a la importancia de un líder o individuo carismático que juega una gama de roles en la sociedad local y que encarna, en sí mismo, un conjunto de conocimientos diferentes. Estas personas suelen ser “afuerinos”, ya sean emigrantes retornados o recién llegados que viven en la sociedad cuyo manejo del conocimiento tácito local acerca de cómo interactuar y “manejar” relaciones con los demás emerge como central en su habilidad de liderar e influir en otros participantes del proyecto.

Sin embargo, la idea de que las interpretaciones “tácitas” de cómo interactuar juegan un importante rol en la vida social rural es indudablemente un lugar común.

⁶ Los ejemplos pueden incluir las prácticas de beber en los pubs rurales irlandeses (cómo pagar una ‘ronda de tragos’), cómo saludar a un conocido en la calle, cómo expresar respeto hacia otra persona, qué tipo de contacto físico con otra persona es apropiado durante una conversación, o en situaciones bilingües (por ejemplo, en el estudio de caso escocés), qué lenguaje utilizar con cuáles personas en cuáles ocasiones.

Por ejemplo, sustenta la frecuente asociación hecha entre “rural” y “comunidad”. Que las áreas rurales producen y reproducen conocimientos “técnico locales” es más discutible. Aquí entendemos por “conocimiento técnico local”, no tanto un conocimiento sobre las relaciones y las prácticas sociales sino más bien un conocimiento sobre la “realidad objetiva”, el mundo material, las conexiones causales prácticas, el “cómo funcionan las cosas”. Se trata de un conocimiento empírico sobre, por ejemplo, los procesos naturales (la interpretación acerca de los ecosistemas locales y las relaciones entre los diferentes elementos al interior de ellos), los procesos productivos (cómo cultivar determinados tipos de plantas bajo las condiciones locales o cómo producir un cierto objeto de “artesanía”, incluyendo las cocinas locales, tipos locales de cerámica o formas musicales locales específicas) o cómo manejar complejos sistemas de riego para la agricultura o la pesca, como en el caso del Delta del Po en el norte de Italia.

No se trata de un conocimiento aprendido a través de sistemas “normales” de socialización, sino que tiene que ser impartido por determinados individuos a otros individuos o adquirido por medio de ciertas circunstancias particulares vividas y, muy a menudo, se vincula con procesos de producción y uso de recursos; en forma general se transmite en situaciones informales de aprendizaje y, por lo tanto, tiende a ser encontrado en formas variables, “no estandarizadas” o “no codificadas”. Este tipo de

conocimiento es especialmente vulnerable, no tanto a la globalización cultural, sino a las cambiantes demandas del mercado hacia ciertas habilidades específicas o los productos que las encarnan. Existen dificultades obvias en los códigos denotativos y connotativos de los términos conocimiento experto y conocimiento técnico local, las que se visibilizan cuando este último es tratado como en CORASON: el conocimiento técnico local no es conocimiento “no profesional” ni “no experto”, tampoco “no científico”, y las connotaciones negativas del conocimiento técnico local como de inferior calidad o estatus deben verse de manera crítica. Más adecuadamente, dicho conocimiento puede considerarse como otra forma de conocimiento científico o “competencia”, pero una que no está formalmente reconocida ni acreditada, como tampoco certificada a través de la educación y los procesos de capacitación formales; por lo tanto, puede no implicar mucho estatus o poder, en particular en situaciones de interacción entre conocedores acreditados y no-acreditados.

La presencia del conocimiento técnico local puede considerarse un recurso específico para el desarrollo local rural. Hallamos algunos casos de desarrollo económico innovador en escenarios rurales (sobre todo en Alemania, el norte de Italia e Irlanda), donde este tipo de conocimiento jugaba un rol central en el diseño y objetivo del proyecto para el desarrollo; y algunos otros (Escocia, sur de Italia y Polonia), donde los proyectos se basaban en el deseo de pre-

servar y aumentar dichos conocimientos y habilidades. En la mayoría de los casos estudiados, los líderes de los proyectos daban por sentado que para lograr el éxito del proyecto lo que se necesita no es el conocimiento de los actores rurales sino su apoyo y consentimiento. Estos proyectos buscaban movilizar el conocimiento tácito más que el conocimiento técnico local de los actores locales y, al hacerlo, podemos sostener que reproducían las percepciones estandarizadas de las áreas rurales como ricas en recursos de interacción social, pero pobres en formas de conocimiento “moderno” o “innovador”.

Un rasgo clave para diferenciar el conocimiento “técnico local” del “científico” es que, debido a los modos más o menos informales en que se transmite el primero, es posible encontrarlo en formas muy variadas y no estandarizadas. CORASON se interesó especialmente en el efecto sobre este tipo de conocimiento cuando éste enfrenta situaciones que llevan a su estandarización o codificación. Por ejemplo, un “lugar local” familiar puede ser “codificado” como reserva natural o sitio de especial interés científico, y puede enriquecer la interpretación por parte de los actores locales de los procesos naturales en el área, pero también generar una separación en el conocimiento entre los locales y los administradores, así como resistencia ante las interpretaciones científicas de la naturaleza local. Sin embargo, la estandarización del conocimiento fue particularmente evidente en nuestros

estudios acerca de los procedimientos de certificación utilizados para comercializar alimentos de origen local. Esto parece haberse vuelto un mecanismo de “deslocalización del conocimiento local”, en especial a través de los canales comerciales y de mercado, en los que algo de la calidad local se conserva y algo se pierde.

Los procesos de codificación involucrados en la certificación son selectivos, tanto por parte de los productores del alimento en cuestión, como de lo que es considerado como legítimo y utilizable bajo condiciones “modernas”, o científicamente aceptables de las formas de conocimiento técnico local acerca de su producción (por ejemplo, en relación con los criterios de higiene). Salvo que el proceso de selección sea reconocido y manejado con cuidado durante el proyecto para el desarrollo (y esto parece menos probable cuando aquellos que lo controlan son expertos científicos externos), deviene en nuevas formas de exclusión social y la creación de nuevas desigualdades al interior de la población local. También puede llevar a la transformación de un producto en *commodity* a través de formas que cuestionen su “autenticidad”, en tanto algo que encarna la identidad y las habilidades de los productores locales sólo en la medida en que debe satisfacer las necesidades de consumidores lejanos y anónimos. De esta manera, en muchos de nuestros casos en estudio, el conocimiento técnico local surgió como un recurso significativo para el desarrollo económico y como objeto, en

los proyectos para el desarrollo, en tanto procesos de valorización que pueden tener resultados indeseables desde el punto de vista social, cuando la combinación de formas de conocimiento no se hace de manera apropiadamente integrada.

Los proyectos para el desarrollo rural local surgen de muchas maneras diferentes. En algunos casos de CORASON, éstos fueron estimulados por la presencia de un movimiento social en una localidad, aunque no eran lo mismo que ese movimiento⁷. En un cierto número de casos (Escocia, Hungría, República Checa, Alemania) los proyectos fueron iniciados por fundaciones u organizaciones no gubernamentales (ONG) externas al área o por personas vinculadas a la generación de los proyectos (*project class*); esto es, profesionales empleados por Leader u otros profesionales del desarrollo cuya tarea es atraer recursos de capital a un área rural a través de la conexión de iniciativas o bienes locales con fuentes externas de financiamiento, en particular de la UE. Incluso bajo dichas formas de “participación generada desde arriba”, el conocimiento local y los grupos locales pueden ser reforzados, si bien de

modo algo complicado y en ocasiones innecesario. Por ejemplo, las redes locales y grupos de acción son generados a través de los proyectos Leader con el principal propósito de desviar recursos financieros nuevos a un área y las estructuras en red creadas pueden ser de tipo instrumental y temporal, también dominadas por las elites locales; aun así pueden resultar efectivas en tanto estructuras adicionales que ayuden a mantener, estabilizar o fortalecer las redes locales más autóctonas y los grupos productores rurales que participan en estas nuevas redes y grupos de acción.

De esta forma, los conocimientos científicos “tácitos” y “técnico locales” no especializados emergen como elementos importantes para la construcción de proyectos para el desarrollo rural, y sus interacciones en tanto prácticas de conocimiento para el desarrollo rural son bastante complejas y dependen del contexto. Los conocimientos tácitos pueden ayudar a crear ambientes en que los conocimientos útiles empíricos—ya sean “expertos” o “técnico locales”— se empoderen y se pongan a trabajar. Muchos de nuestros casos en estudio demuestran la importancia, para

⁷ En un caso, los actores involucrados en la organización de un sistema localizado de distribución de alimentos crearon un mercado de los agricultores que permitiera a los productores y consumidores interactuar directamente en la compra y venta de los alimentos. Una cantidad de los productores estaban certificados o eran ex-miembros del movimiento orgánico y recurrieron a muchas de sus técnicas para cultivar *good food*, así como a sus críticas del complejo industrial-comercial de los alimentos. Otros proyectos surgieron gracias a vínculos existentes al interior de la localidad con alguna conocida figura fuera de ella, la que hizo posible generar interés en algún recurso local que llevó a un aumento de su valor en el proceso de desarrollo. En los estudios de caso en Polonia, Portugal y España se identificaron científicos de universidades regionales que iniciaron proyectos para ‘comodificar’ y mercadear una variedad de alimentos locales (jamón, salchichas, vino) o la biodiversidad local (una raza ‘tradicional’ de vaca, interacciones huerto-abejorros).

el éxito del proyecto, de la construcción o la incorporación a las redes informales en las que están involucrados los participantes del proyecto a través de su pertenencia territorial. Los lazos sociales y redes informales son emplazamientos importantes para la circulación y el intercambio de conocimientos “técnicos locales” como “expertos” relevantes para el proyecto; permiten que los recursos de conocimiento sean intercambiados, combinados y puestos a trabajar de maneras innovadoras.

Encontramos que las redes más efectivas usualmente eran aquellas que contenían no sólo actores “locales”: además, incluían a emigrantes retornados o emigrantes que se mantuvieron en estrecho contacto con su área de origen a través de visitas anuales o por medio de su profundo interés y estudio del área desde su lugar de residencia, quizás en universidades o instituciones de investigación; también había administradores locales, como profesionales de extensión agrícola, quienes podían combinar su competencia científica con una interpretación de las formas “tácitas” en que se creaban y mantenían las relaciones sociales en el nivel local. Mu-

chos de estos actores trajeron a la red tanto sus propios conocimientos especializados como sus conexiones vitales con otros mundos fuera del área local. Pero también encontramos individuos “expertos” entre los propios actores locales, en algunos casos, formados a partir de su historia de compromiso con un movimiento social específico, como los movimientos orgánicos o ambientalistas. Las redes informales de variado tipo no sólo proveen un contexto en que los conocimientos diversos pueden circular y encontrarse unos con otros; también pueden jugar un rol importante en la mediación de relaciones de poder en aquellas situaciones donde las estructuras políticas y las inequidades en el poder pudieran, de otra forma, significar que los actores con “conocimiento técnico local” tengan muy poca voz en sus propios procesos de desarrollo⁸.

3. CONOCIMIENTO LOCAL E IDENTIDAD TERRITORIAL

Al inicio de este capítulo nos preguntamos: ¿cómo se vincula el conocimiento local con el territorio y la identidad terri-

⁸ Esto iba más allá del alcance de la investigación de CORASON, pero se hizo evidente cuando los resultados son interpretados para ordenar la naturaleza multifuncional de las redes informales en el desarrollo rural: la informalidad es una forma de mantener la cultura, conocimiento, experiencia y prácticas locales intactos, o de perturbarlos menos de lo que podría suceder a través de la intervención externa. Sin embargo, podría inducir a error concluir aquello que usualmente se encuentra entre los expertos burócratas y que dependen del gobierno: formalizar las estructuras, procesos y decisiones tomadas con la idea de crear mayor transparencia y certeza legal _las que son expectativas justificadas_ puede provocar el efecto indeseable de destruir las estructuras y prácticas locales que buscaba apoyar. Existen otras maneras, aparte de la formalización y el control legal, de mantener o estabilizar las prácticas locales, las normas éticas que guían esas redes informales pueden ser una fuente para desarrollar sus fortalezas.

torial o de lugar? Parte de cómo queremos responder esa pregunta se evidencia en la discusión ya planteada sobre aquella forma de conocimiento local que hemos llamado “conocimiento tácito” en el contexto de prácticas situadas de conocimiento. Para estudiar fenómenos ligados a la identidad preferimos utilizar las categorías de conocimiento “tácito” y “técnico local” y no el concepto de “identidad de lugar” de la psicología ambiental, como tampoco el tan tradicional, pero incorpóreo concepto de identidad de la psicología social (Dixon y Durheim, 2000). Si bien en los últimos años se ha desarrollado un discurso más intenso acerca de una sociología del espacio (Löw, 2004), pareciera ser que la noción de prácticas “situadas” de conocimiento –que ha ayudado a interpretar los resultados de CORASON– puede utilizarse para reconstruir las identidades locales de mejor manera que una noción abstracta de identidad de lugar. Afirmamos lo anterior porque demuestra que la identidad de lugar en las áreas rurales no es algo en sí misma, un componente cultural distinto y separado junto a muchos otros, sino que es generada de manera indirecta a través del mantenimiento y el uso del conocimiento local, los recursos locales y las prácticas de producción local. Aunque en este sentido es flexible, no puede sencillamente transferirse a los recién llegados o los nuevos habitantes de las áreas rurales, sino que es parte de los propios medios de vida rural. Como se ha sugerido, el conocimiento tácito parece jugar un rol importante en

la configuración de la identidad territorial, o un sentido de una cultura compartida con aquellos con quienes interactuamos local y cotidianamente. También puede contribuir al reconocimiento, que parece estar presente en muchas áreas rurales que viven procesos de desarrollo, de una brecha cultural entre “nosotros” y aquellos otros que, desde el Estado central y las elites nacionales hasta quienes detentan el poder regional, buscan gobernar y cambiar “nos”. Los conocimientos tácitos para interactuar socialmente, junto a las narrativas compartidas de los eventos significativos del pasado que se han codificado culturalmente en el discurso local, ayudan a crear la base para las movilizaciones territoriales, ya sea en pro del autodesarrollo, para enfrentar el riesgo, para la defensa de la comunidad frente a las intervenciones foráneas, o para manejar esas intervenciones a conveniencia de los locales e integrarlas a las prácticas locales.



Foto: Artesana de Chiloé, de Carlos Venegas

Sin embargo, la pregunta más difícil aquí es: ¿cuál es la relación entre el territorio y la forma de conocimiento local que llamaremos “conocimiento técnico local”

en el sentido específico descrito más arriba? La mayor parte de la literatura acerca del “conocimiento local” lo considera como una posesión de una comunidad específica, étnica u ocupacionalmente particular y que habita un territorio espacial delimitado. Desde esta perspectiva, el conocimiento y el territorio coinciden y esto puede apoyar conclusiones algo simplistas; el territorio es el espacio socialmente delimitado que lleva consigo el conocimiento y lo hace accesible a las personas locales (en el sentido que Giddens utiliza del término *locale* para delimitar social y no geográficamente los lugares, sin rastrear las formas del conocimiento para el mantenimiento de los límites). Esto tiende a asimilar el conocimiento local a las formas de conocimiento “tradicionales”, “de comunidades tradicionales”, “indígenas” o “estáticas”, subvalorando las dinámicas de interacción entre lugar, territorio, espacio y prácticas sociales, caracterizaciones que, como ya sugerimos, pueden resultar inapropiadas o poco útiles para la discusión de la Europa rural bajo la influencia de la globalización y el desarrollo sustentable. No es la conclusión adecuada, ni para las áreas rurales ni para el desarrollo rural sustentable, simplemente reconstruir las culturas antiguas, las prácticas o conocimientos tradicionales o idealizar dichas prácticas; sólo nuevas maneras de incorporar el conocimiento tradicional en las situaciones y prácticas cambiantes del desarrollo rural pueden apoyar el desarrollo sustentable.

La literatura ecológica, en tanto fuente para el redescubrimiento del conocimiento local, en algunas oportunidades implica formas socialmente inadecuadas de reaprender y reconstruir las formas tradicionales de uso de los recursos (véase Berkes et al., 2003), por ello sugerimos una manera bastante diferente de enfrentar el tema. La diferenciación entre el conocimiento tácito y el conocimiento “técnico local” puede verse como un paralelo con la diferenciación entre el mundo sociocultural y el mundo material, o las especificidades material-ecológicas en una localidad determinada. Podríamos decir que el conocimiento tácito trata de cómo comunicar a las personas en torno a las cosas, pero en el aprendizaje y el uso del conocimiento “técnico local” se trata de las cosas (cosechas, bosques, cursos de agua, “recursos naturales”) que median entre las personas, y la conexión material del conocimiento “técnico local” lo vuelve, en gran medida, conocimiento ecológico local.

Previamente hemos señalado que el conocimiento “técnico local” se transmite entre individuos particulares y de formas variables y no estandarizadas. Tanto los conocimientos “técnicos locales” como científicos son empíricos, ambos utilizan prácticas similares para evaluar la validez de las afirmaciones del conocimiento (alguna manera de revisión por parte de los pares, alguna versión de testeo y retesteo a través de la observación). Pero hay una diferencia clave que de nuevo es considerada críticamente: lo que ha dado

el carácter de válido al conocimiento científico ha sido, por mucho tiempo, el que es estandarizado, generalizado y no requiere un contexto determinado, mientras que el conocimiento técnico local no está construido de tal forma que pueda viajar por el tiempo y el espacio; esto es, su contenido no está estandarizado y es específico a un lugar y contexto determinado.

Sugerimos que el conocimiento “técnico local”, más que una identidad territorial, construye un sentido de “lugar”, y si bien lugar no coincide con la definición de ecosistemas locales y sus recursos y servicios, en algún grado ambos significados se superponen. Articula una interpretación de cómo las características materiales y naturales de una localidad particular predisponen y se inmiscuyen en las relaciones entre las personas: el lugar construye y es construido por los aspectos prácticos de ganarse el sustento en condiciones ecológicas particulares. Es justamente por medio del apego a un lugar—este lugar particular, con sus particulares combinaciones de ecosistemas y recursos naturales— que los habitantes rurales se relacionan con y cuidan la naturaleza. Esta es de nuevo una interpretación de que la identidad local se produce a través de una pluralidad de prácticas situadas de conocimiento, indirectamente, no por algo separado que representa el núcleo de esa identidad, la cual se encuentra en muchas y variadas prácticas de conocimiento diferentes, lo que es una de las razones por las que resulta difícil estandarizarla y mer-

cadearla en marcas de productos. ¿Hasta qué punto son el lugar, y los conocimientos “técnico locales” entrelazados con éste, reconocidos y valorados al interior de los actuales discursos europeos acerca del desarrollo sustentable?

4. DESARROLLO SUSTENTABLE: ¿UNA VERSIÓN EUROPEA?

El “desarrollo sustentable” es, como a menudo ha sido señalado (véase a modo de ejemplo, Hajer 1995, Jacobs 1999), un concepto muy ambiguo, tanto en relación con el “desarrollo” como con la “sostenibilidad”. En CORASON no intentamos definir el concepto de antemano, sino más bien explorar los significados que se le dan en los discursos de políticas en la UE y a niveles nacionales y subnacionales.

El modelo que se ha estandarizado, si bien en formas que difieren entre sí, en los discursos de políticas nacionales y transnacionales, entiende que el desarrollo sustentable implica tres dimensiones analíticamente separadas—ecológica, económica y social—, las que deben ser puestas en relación unas con otras en el proceso de desarrollo. Al respecto surge la pregunta de cómo se mantiene junta esta problemática “unidad de objetivos divergentes” en cada proyecto y el lugar en la práctica, lo que constituye uno de los problemas clave en el desarrollo rural sustentable. Si bien la investigación juega un rol en la identificación de dichas condiciones, es poco probable dar respuestas científicas

a esta pregunta que se refiere a todas las formas de conocimiento y prácticas que se han discutido aquí. Este modelo ha sido rápidamente adoptado en las discusiones políticas y ahora puede considerarse como un enfoque de “prioridad de políticas” en el desarrollo sustentable, y se asume que las elites políticas y administrativas deberían tener el poder de definir el concepto, que (sólo) los conocimientos expertos son esenciales para su implementación en el programa y que, a largo plazo, los ciudadanos tomarán e incorporarán la sustentabilidad, así comprendida, en sus propias prácticas colectivas e individuales.

Sostenemos que bajo este discurso, que da la idea más amplia y más mínima de lo que trata el desarrollo sustentable, la versión hegemónica de las políticas para el desarrollo sustentable a nivel de la Unión Europea y en algunos estados europeos principales, contiene un modelo más concreto de interpretaciones que revelan más de los intereses de las elites científicas, políticas y económicas en la adaptación del término: la “modernización ecológica”, la tesis que el manejo del ambiente es compatible con la modernización industrial continúa y el crecimiento económico en formas modificadas de “economía verde” y el desarrollo de “tecnologías limpias” (véase a modo de ejemplo, Weale 1992, Mol y Sonnenfeld, 2000). La Unión Europea ha estado desarrollando la modernización ecológica como un proyecto político durante el mismo período en que la modernización ecológica en sí misma

ha desarrollado una teoría social de las relaciones sociedad-medioambiente, sobre todo en Alemania (véase a modo de ejemplo, Jänicke, 2003), los Países Bajos (véase por ejemplo, Mol, 2000) o en Suecia (véase Lundqvist, 2000).

Johnson (2004) sugiere que la “integración de políticas” (el énfasis de la Unión Europea en integrar las consideraciones medioambientales en todos los sectores de las políticas, un eje central del Acta Única Europea de 1987) otorga expresión política a una idea central en la modernización ecológica. Si las políticas sectoriales y medioambientales se desarrollan separadamente, es probable que las preocupaciones medioambientales se vuelvan un accesorio de otras iniciativas para el desarrollo, que lleva a soluciones de etapa final (*end of pipe*) más que preventivas, anticipatorias o integradas de los problemas medioambientales. Recientemente, el Sexto Programa de Acción Medioambiental de la Unión Europea articula la idea que los “altos estándares medioambientales son también un motor para la innovación, pues crea nuevos mercados y oportunidades de negocios” (Comisión de las Comunidades Europeas, 2001: 9, citado en Johnson, 2004: 160). Este foco en la innovación para anticipar y prevenir resultados ambientalmente negativos y el supuesto que dicha innovación trae prosperidad económica y crecimiento a través del desarrollo de “tecnologías limpias”, son también elementos centrales de la teoría de modernización ecológica.

El proyecto de políticas de la modernización ecológica es tecnocéntrico y está comprometido con la prioridad del mercado, pues se enfoca en los sistemas industriales como el núcleo de la economía (y mucho menos en la producción rural)⁹. Éstos son los dos portadores de su impulso “modernista”. La innovación tecnológica entrega tanto crecimiento como beneficios medioambientales, y una regulación ambiental más estricta debiera considerarse no como un costo para la industria sino más bien como un incentivo para innovar y competir. Para llevar adelante la innovación ambientalmente beneficiosa, las políticas medioambientales no debieran fundarse en los tipos de intervención estatal ligados al control y la gestión, sino en el uso de instrumentos económicos (impuestos, etiquetado ecológico, auditoría ecológica, estándares ISO 14001, etc.) que “trabajen con el mercado para lograr sus objetivos” (Johnson, 2004: 157). Así, existe una visible compatibilidad entre la modernización ecológica como un proyecto de políticas y la filosofía económica neoliberal dominante que configura las iniciativas de la Unión Europea para la integración de los mercados.

La modernización ecológica es, también, altamente compatible con la decisión de Lisboa de hacer de la Unión Europea la “economía del conocimiento” más com-

petitiva del mundo. Los altos estándares ambientales estimulan la innovación en los negocios y a su vez ésta, basada en el conocimiento científico y tecnológico, crea nuevos mercados, nuevas oportunidades de negocios y nuevas oportunidades para la creación de empleo. Esta es una visión económica que prioriza los conocimientos científicos y tecnológicos —en áreas como las ciencias de la vida (biotecnología, medicina genética, manipulación genética) por sobre otras formas de conocimiento. Los científicos que trabajan en investigación aplicada, o investigación que demuestra una capacidad de ser rápidamente traducida en una aplicación económica, se vuelven cada vez más poderosos cuerpos de “expertos” en el campo del desarrollo económico, el que simultáneamente es visto como el campo del desarrollo sustentable. Una “economía basada en el conocimiento” o “sociedad del conocimiento” entiende la “innovación” de una manera específica, como la aplicación de nuevo conocimiento científico a los sectores *high-tech* de la economía liderados por las industrias farmacéutica, química, genética y, ciertamente, de los alimentos. Las áreas rurales, por tanto, no son consideradas como fuentes de innovación basadas en el conocimiento, sino como un depósito de recursos naturales para ser utilizados por formas de conocimiento y expertos no rurales.

⁹ No obstante, unos pocos autores han debatido sobre la modernización ecológica como una estrategia para el desarrollo rural, en especial: Frouws y Mol, 1997, Holm y Stauning, 2002, Marsden, 2003.

¿Qué tiene que decir sobre las localidades y sociedades rurales en Europa una política para el desarrollo sustentable que articula una visión del desarrollo en tanto modernización ecológica? Las particularidades de un lugar, en tanto éstas configuran las economías y sociedades rurales, parecen ser ampliamente ignoradas en gran parte de la literatura acerca del desarrollo sustentable en Europa (en contraste con los debates a nivel global). La literatura que evalúa el avance del desarrollo sustentable europeo tiende a utilizar una visión de Europa como un todo indiferenciado unificado por la presencia de la Unión Europea. En el mejor de los casos reconoce diferencias sólo entre entidades políticas (estados, regiones), algunas que son consideradas más avanzadas y otras más rezagadas en la implementación de programas para el desarrollo sustentable (véase por ejemplo, Barry et al., 2004). Lo rural-urbano, la clase, el género u otras diferencias sociales en el *habitus* en relación con el medioambiente y la ubicación con respecto a la naturaleza generan poca atención. Este enfoque suprime las interpretaciones del desarrollo sustentable como dependiente de las íntimas interrelaciones entre lugar, naturaleza local y prácticas económicas rurales.

La modernización ecológica, un programa teórico y de políticas que enfatiza en la integración entre ecología y economía a través de la reducción de los desechos y las ineficiencias en la producción industrial (y en el último tiempo de las prácticas

de consumo), está comprometida con la continua modernización industrial de la sociedad. Esto refuerza las visiones que consideran las áreas rurales como marginales e insignificantes para la sustentabilidad. Entonces, ¿qué se considera desarrollo rural sustentable en el marco del discurso de la modernización ecológica? Parecen existir dos posibilidades. Una es la reproducción o reinención de un modelo “agro-industrial” (Marsden, 2003) del desarrollo rural (el mismo modelo que generó tanta crítica de los *lobbies* ambientalistas y de alimentos durante las últimas dos décadas): la producción de alimentos y otras formas de extracción de recursos se vuelven sostenibles a través de la imposición de un modelo industrial que integra las protecciones ecológicas con los objetivos económicos.

Incorporar las áreas rurales a la “economía del conocimiento” significa intensificar la producción en combinación con innovaciones científicas y/o tecnológicas para reducir los desechos y la ineficiencia; estimula prácticas tales como la manipulación genética de plantas y animales por medio de la aplicación del conocimiento genético en programas de cultivo y crianzas para lograr una mayor productividad y que sean “mejor adaptados” (que sufran menos estrés, enfermedades o ataques de plagas) al ambiente industrializado. En aquellos sitios donde la producción se mantiene en pequeña escala o en forma artesanal, por ejemplo la producción de alimentos locales con denominación de

origen para mercados globales, el proceso de producción puede no estar industrializado ni ser demasiado intenso, pero las prácticas productivas (esto es, los conocimientos técnico locales) tienden a ser codificadas y estandarizadas bajo la guía de la competencia científica y los intereses gubernamentales.

En forma alternativa, la modernización ecológica puede interpretar el desarrollo rural sustentable a través de lo que Marsden (2003) denomina orientaciones “posproductivistas” o conservacionistas hacia los recursos rurales. Donde los recursos rurales no sean susceptibles o inmediatamente receptivos a la modernización en formas industriales ecológicamente integradas, pueden ser manejados desde el punto de vista del consumo, llevando al aumento de la regulación y limitando su consumo para el bien público (por ejemplo, los parques nacionales, sitios de interés científico o de patrimonio cultural, etc.)¹⁰. Sin embargo, el conservacionismo por sí mismo puede resultar en la esterilización temporal de los recursos hasta que alguna aplicación de “conocimiento y racionalidad” encuentre una justificación ecológica moderna para nuevos usos de ellos. En Irlanda, por ejemplo, algunas áreas previamente conservadas o reguladas por razones científicas (por ejemplo, como

hábitat para especies de aves amenazadas), han sido abiertas como sitios para el desarrollo de aprovechamiento de la energía eólica, apoyadas por un creciente interés político en encontrar formas alternativas y renovables de generación de energía. En primer lugar, los residentes rurales de estas áreas sienten la intensificación de los controles acerca de cómo utilizan sus recursos naturales locales y luego perciben cómo el derecho a utilizarlos es transferido a “expertos” externos y actores económicos para quienes, de alguna manera no transparente, los controles ambientales pueden relajarse. El dilema aquí es que la utilización de la energía eólica puede ser vista como parte de soluciones ecológicamente sustentables, pero en ocasiones es introducida de forma tal que socava la sustentabilidad social.

En CORASON hemos sostenido que las áreas rurales son de hecho importantísimas para el desarrollo sustentable. En ellas se ubica la mayor área de tierra de Europa y la mayoría de los recursos naturales europeos –agua, suelo, energía, metales, madera, hábitat de vida silvestre y biodiversidad–. Son también los sitios donde se sitúan los recursos sociales, culturales y organizacionales que pueden tener el valor potencial de lograr formas de desarrollo sustentable, pero que por lo general son

¹⁰ Marsden sugiere que las orientaciones “posproductivistas” en las áreas rurales se configuran gracias a una visión de la agricultura como una forma de producción “sucía”, poco higiénica y ambientalmente destructiva; interpretación que se sustenta en parte por la transformación de áreas donde el uso agrícola ha sido limitado y regulado, en otras donde se privilegia a nuevos usuarios de los recursos.

ignorados tanto en los discursos de las políticas como en los análisis académicos. El conocimiento local es un recurso rural significativo en este sentido, y su inclusión en el discurso para el desarrollo sustentable podría abrir y ampliar la interpretación tanto de la “innovación” como clave del desarrollo sustentable como de la “participación” o el desarrollo sustentable en tanto “práctica ciudadana”.

CORASON sostiene que mientras la mayor parte del discurso de políticas para el desarrollo rural en Europa hace referencia a la importancia de la sustentabilidad, se está evidenciando una interesante divergencia entre los proyectos de políticas europeas para el desarrollo rural y para el desarrollo sustentable. La historia de las políticas para el desarrollo rural muestra una creciente aceptación de la diversidad de los lugares y recursos rurales, y un intento de establecer un marco muy general de requerimientos (a modo de ejemplo, que el desarrollo debiera ‘integrarse’ a través de los sectores económicos) dentro del cual el desarrollo puede llevar a diversas formas de revitalización rural. Pero al interior de las políticas para el desarrollo sustentable, en su forma de modernización ecológica, la tendencia histórica parece ir en dirección opuesta, hacia una creciente y unidimensional interpretación de qué tipo de desarrollo es “sustentable” (en particular en términos de crecimiento económico), a través de la cual la diversidad interna de las áreas rurales y su diferencia con la sociedad urbana y suburbana es

ignorada o vista como una evidencia de marginalidad.

Nuestro estudio de casos también sugiere que los actores rurales, en particular aquellos cuyo sustento está cercanamente vinculado al uso productivo de los recursos locales, suelen tener su propia interpretación del “desarrollo sustentable” o “uso sustentable de los recursos”, incluso si no se utiliza la terminología asociada con el desarrollo sustentable como proyecto político y de políticas. En muchos aspectos, sus interpretaciones son más reconocidas al interior de las políticas para el desarrollo rural. Sus versiones articulan un fuerte sentido de ‘lugar local’ y están estrechamente ligadas a la posesión de conocimiento “técnico local” acerca de cómo utilizar y manejar los recursos naturales de los cuales dependen de una forma que sea económica y culturalmente sustentable a lo largo del tiempo. Éste no es siempre correcto y puede ser mejorado por los conocimientos “externos” o por expertos, pero usualmente se trata de un conocimiento que ha pasado la prueba del tiempo y la experiencia, que encarna las relaciones normativas y filosóficas con la naturaleza que son fundamentales al cuidado por parte de los seres humanos de ésta, y que no siempre es reconocido en los discursos expertos.

La interpretación que estos actores hacen del desarrollo sustentable parte de una visión más holística de la relación entre los seres humanos y la naturaleza al interior de una localidad específica,

vinculada al concepto difuso de “modos de vida sustentables” como la base de la sostenibilidad de las comunidades y regiones. Éste es un discurso que tiene el potencial de incluir y fortalecer los intereses, los derechos, el conocimiento y el poder de quienes utilizan los recursos locales, y de ir más allá de los actuales y algo cautos enfoques participativos de la “participación como proceso consultivo”, para discutir una real devolución de las estructuras de poder y del control. Desarrollado de manera apropiada, podría articular una interpretación del desarrollo sustentable como un proceso de aprendizaje social y construcción de experiencia, a través del cual se hace posible un avance gradual en la mejoría de las prácticas de manejo como un enfoque heurístico del desarrollo sustentable en el que diversas interpretaciones de manejo sustentable de los recursos son explicadas, comparadas, aplicadas y, a través de ese proceso, verificadas o rechazadas.

No queremos decir que esas ideas holísticas, locales y específicas a ciertos grupos, estén ausentes de los discursos europeos pues también son apoyadas por parte de la investigación científica y ecológica, a modo de ejemplo los enfoques interdisciplinarios de la ciencia para la sustentabilidad o manejo adaptativo (véase, Berkes et al., 2003) y en el sur existe un discurso mayor acerca del desarrollo sustentable que está mucho más orientado hacia las áreas, poblaciones y recursos rurales (véase por ejemplo, Lee et al., 2000).

Pero las redes de actores involucradas en las políticas y programas europeos para el desarrollo sustentable excluyen ampliamente aquellos actores rurales y otros que expresan una versión del desarrollo sustentable ligada a “los medios de vida sustentables”. La apertura –y democratización– de los discursos europeos sobre el desarrollo sustentable hacia prácticas menos dominadas por los expertos, más participativas, globales y rurales, pueden ofrecer nuevas oportunidades para el desarrollo sustentable.